

la celestial Jerusalem! ¿es posible que yo no haya de veros en el paraíso? ¡Ah! si no se me permite contemplar la hermosura de vuestra vista, á lo menos no permitais que sea condenado á blasfemar de Vos y á maldeciros en el infierno.

Tales eran los tiernos sentimientos de aquel corazon affligido y que estaba ardiendo en amor de Dios y de su Santísima Madre. Un mes duró la tentacion; mas al fin, plugo al Señor librarle de ella, y le libró por medio de María, á la cual el santo habia consagrado su virginidad.

Un dia, volviendo á casa, entró en una iglesia y vió colgada en la pared una tabla en la cual estaba escrita la oracion de San Agustin: *Memorare piissima Maria*, etc. Se postró delante del altar de la Madre de Dios, rezó con fervor esa oracion, y prometió á la Virgen que rezaria el Rosario todos los dias en honor suyo.

—Oh Reina mia,—añadió,—sed mi abogada cerca de vuestro Divino Hijo, al cual no me atrevo á recurrir; si he de ser tan desgraciado que no haya de amar al Señor en el otro mundo, alcanzadme á lo menos que pueda amarle con todo mi corazon mientras viva en la tierra.

Despues de esto se entregó en los brazos de la Divina misericordia, enteramente resignado á la voluntad de Dios y como en su vida perfectísimamente pacífica.

Sigue el Ejercicio: Para alcanzar, etc., pág. 258.

La flor espiritual con que obsequiaremos á la Virgen María para el dia de mañana, será: Resolverse á rezar todos los dias el santo Rosario, repartir un gran número de rosarios y procurar que los fieles lo recen. *Jaculatoria:*

Reina del sacratísimo Rosario, ruega por nosotros.

DIA TREINTA Y UNO.

GLORIA DE MARÍA EN SU CORONACION POR EL PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO.

Considera que despues de la Asuncion de María por manos de ángeles, fué coronada por la Augusta Trinidad, y que cada una de las Tres Divinas Personas colocó en sus sienes la diadema con la que quiso distinguirla. María no es Dios, pero en este misterio la vemos siendo la criatura mas exquisita y mas noble, y sumamente superior á todo lo que no es Dios. El Eterno Padre la reviste con la corona de gloria de las doce estrellas con la cual nos indica que María es superior á los mismos nueve coros de ángeles, y solo inferior á las Augustas Personas de la Santísima Trinidad. ¡Qué entusiasmo produciria en el cielo la gloria de María! y ¡con qué fervor debemos aplicarnos á la práctica de las buenas obras para lograr las delicias de la eterna bienaventuranza!

Considera que Dios Hijo coronó á María con la corona de inmensa proteccion en nuestro favor, donándole los tesoros adquiridos con las humillaciones y dolores de cruz. Es coronada para que sea nuestra abogada y protectora, nuestra mediadora entre nosotros y Jesucristo. ¿Podremos no amar á María? ¿podremos no confiar en Ella? Amemos, amemos, sí, á María, ya que es nuestra protectora, la poderosa y la rica, la benéfica y clemente. ¡Infelices de nosotros si no lo hacemos! Torpe negligencia que aquel dia puede sernos muy perjudicial, que puede hacernos perder la gracia, puede precipitarnos al abismo horrible del pecado, puede cerrarnos las puertas de la Divina misericordia, y puede colocarnos en el número de los réprobos.

Considera que el Espíritu Santo coronó á María con la diadema de su poder inmenso empleado eficazmente en favor de los pobres pecadores. El Espíritu Santo, cuya voz conmueve los desiertos y los hace habitables; cuyo fuego purísimo encien-

de los corazones y los inflama en el celo de la salud de las almas, y cuya inefable unción convence y atrae admirablemente á las almas bien dispuestas, y las prepara para toda clase de bien, ¿qué no haría en favor de María? ¿qué gloria no le sería dada? ¿qué poder no le fuera comunicado para que lo empleara por nuestro bien? Confiemos, pues, en María; invoquémosla en toda ocasión y en cada momento, no desmayemos en medio de nuestras faltas, y persigamos á todo pecado aunque esté colocado en los últimos atrincheramientos del amor propio: por esto, detestándolos de corazón y con el firme propósito de la enmienda, digamos:

Dulcísimo Jesus mio, etc., como en la pág. 253.

Un rato de meditacion, y se concluye con la siguiente

ORACION

DE SAN AGUSTIN. 1.

Acordaos ¡oh misericordiosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han recurrido á vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, acudo á Vos, gimiendo bajo el peso de mis pecados. No desecheis ¡oh Madre de Dios! mis humildes súplicas, antes bien oidlas favorablemente y dignaos atenderlas. Amen, Jesus.

Ejercicio para todos los días, como en la pág. 255.

EL BEATO ALONSO RODRIGUEZ. 2

Entre los éxtasis y visiones con que fué favorecido San Alonso Rodriguez, se cuenta que le fué concedido asistir en espíritu

1 Se refiere del P. Bernardo, llamado el Pobre Sacerdote, que durante su vida distribuyó mas de un millon doscientos mil ejemplares de esta oracion, y por este medio tuvo la dicha de alcanzar una infinidad de gracias prodigiosas.

2 Cuando se concluya la festividad del Mes de María, el día 31 de Mayo, se lee en lugar de este ejemplo, el que está señalado para el día 1º de Junio, añadiendo ademas el Acto de Consagracion.

al triunfo de María su amadísima Madre, de quien fué muy devoto en el misterio de su Asuncion.

En este día se hallaba en oracion dentro de su aposento, cuando vió (son sus mismas palabras) cómo en espirando la Madre de Dios fué llevada su santa alma por los ángeles á los cielos con grande fiesta y regocijo, y que en llegando á ellos se abrieron de par en par, y entraron todos con aquel precioso tesoro, siguiéndoles siempre el que contemplaba. Y esta fué la primera fiesta desde el suelo al cielo; la segunda fué que allá la estaban esperando innumerable multitud de ángeles para recibirla con igual majestad. La tercera fiesta, y mas solemne fué, cuando despues de la entrada en la gloria fué llevada á presentar á la Beatísima Trinidad. En este tiempo fué tan grande el regocijo de los cortesanos del cielo, que todos juntos en un punto dispararon su música á modo de ángeles.

Y con ser estos tan innumerables, repartidos por los espacios inmensos de aquella corte, él oía y gozaba espiritualmente la fiesta y música de todos, como si su alma estuviera toda con cada uno, y toda con todos.

Sigue el Ejercicio: Para alcanzar, etc., pág. 258.

La flor espiritual con que obsequiaremos á la Virgen María para el día de mañana, será: Acostumbrarse á hacer todos los días muchos actos de amor á María, pronunciando muchas veces tan sacratísimo Nombre.

DIA PRIMERO DE JUNIO.

DE LA CONSAGRACION DE NOSOTROS MISMOS

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Considera, cristiano, que en sentir de todos los Santos Padres de la Iglesia, una de las señales mas ciertas y menos equívocas, de nuestra predestinacion, es la tierna devocion á la Santísima

Virgen María. "No es posible, oh benditísima Virgen, (decía el glorioso San Anselmo), que no se salve aquel á quien Vos honrais con vuestra benevolencia, y que despues de Dios pone en Vos toda su confianza." Animado de los mismos sentimientos, la dirige San Agustin estas pala'bras: "Vos sois la única esperanza de los pecadores, ¡oh Virgen Santísima! por vuestra intercesion esperamos conseguir el perdon de nuestros pecados y los prémios eternos.

Considera que el gran devoto de María San Bernardo, exclamaba (hablando de la Virgen María); esta Señora es la escala de los pecadores, es mi gran confianza; toda mi esperanza está fundada en su poderosa proteccion." "Teneros una particular devccion, (decía San Juan Damasceno), es tener aquellas armas defensivas que pone Dios en las manos de todos aquellos que quiere salvar." Y tú, oh cristiano que gimes aun en este miserable valle de lágrimas, expuesto á cada momento á caer en los lazos que te preparan los enemigos de tu salvacion, ¿serás todavía frio en la devocion de tan poderosa Virgen nuestra omnipotente mediadora para con Dios, como la llaman los Santos Padres? Si por este motivo ha poseido siempre el corazon de todos los verdaderos fieles, ¿vacilarás aun en ofrecerle el tuyo? Si el consagrarse á su servicio ha formado en todos tiempos las delicias de todos los escogidos, ¿titubearás tú en hacerla una total entrega de tí mismo y de cuanto eres? ¡Ah! ¡y qué consuelos en tus aficciones, qué favores en tus necesidades, qué remedio en tus males lograrás de esta Madre de misericordia si la amas con ternura y la sirves siempre con celo y fervor!

Considera que el ser todo de María, aunque siempre es una cosa muy provechosa, pero sobre todo lo es en el último instante de la vida. En aquel momento crítico y decisivo, ¡qué alegría tan grande inundará tu alma al pensar que vas á entregarla en manos de tu poderosa Protectora si hubieres segui-

do siempre los bellos ejemplos de virtud que nos ha dejado! Ea, resuélvete de veras, oh cristiano; y para que tu consagracion sea mas agradable á esta Soberana Virgen, empieza llorando los pecados que hubieres cometido contra su Hijo Santísimo, detéstalos de todo tu corazon, y penetrado de un vivo dolor de haber con ellos ofendido á un Dios tan bueno y de haber merecido tantas veces los castigos eternos, dile arrepentido:

Dulcísimo Jesus mio, etc., como en la pág. 253.

Un rato de meditacion, y se concluye con la siguiente

ORACION

Mi alma rebosa de un placer inefable, oh Soberana Virgen María, al pensar que dentro de poco va á consagrarse enteramente á vuestro servicio. ¡Oh! ¡qué dicha para mí tener una Madre tan cariñosa que toma el mayor interes en todas las necesidades de sus hijos! ¡qué consuelo servir á una Reina tan amable, que todo lo puede para con Dios! ¡Ah! gloriense cuanto quieran los mundanos de estar bajo el servicio de los señores de la tierra; busquen con afan sus favores: yo colocaré siempre toda mi felicidad en amaros con ternura, en invocaros con fervor, y en procurarme en todo vuestra proteccion con mi conducta verdaderamente cristiana. Sí, á Vos sola quiero pertenecer despues de vuestro Santísimo Hijo: en vuestro seno deposito ya desde ahora mis santos deseos, oh Reina poderosísima, y con vuestro valimiento espero cumplirlos en todo el resto de mi vida.

CONSAGRACION Á MARÍA.

El beato Uvaltero, monje cisterciense, cuando aun era seglar, dirigiase un dia á una iglesia dedicada á la Soberana Señora, y allí, delante de un sacerdote, puesta una soga al cuello, se ofreció por perpetuo esclavo de María, prometiéndole pagar

todos los años un tributo, cual lo hace el vasallo á su soberano. Este tributo consistia en ayunar todas las viglias de sus fiestas á pan y agua, y aun los viérnes por ser víspera del sábado, dia consagrado á la Virgen.

En un dia de los señalados sucedió, que habiendo pedido á un criado suyo le tragese un jarro de agua, y habiéndolo este verificado, se halló con un vino muy precioso. Reprendió al criado por haberle traído vino, mas este le respondió que no era sino agua pura, por cuanto él con sus propias manos la habia sacado de la tinaja. Dispuso que le trajese agua de nuevo, probándola primero el criado esta vez, mas él la encontró un vino muy exquisito. Enojóse con el siervo por parecer pretendia hacer burla de él, pues que en vez de agua habiale traído vino. Juró aquel que no era vino sino agua, puesto que él la habia probado y la habia hallado tal, y entonces el devoto de María hubo de reconocer que todo habia sido una fineza de las tantas con que lo regalaba su tierna Madre.

Otro dia, mientras oia misa, vió que el sacerdote tomaba de sobre los corporales una cédula y una cruz de oro adornada de muchos diamantes que sin saber cómo, habia encontrado allá, siéndole todo entregado á él acabada la misa, pues que en el papel se leian estas palabras: "Da esta cruz, de parte de María, Madre del Salvador, á mi siervo Uvaltero."

Corrido quedó de tan singular regalo, y entendiendo por divina inspiracion que la Virgen queria significarle con aquello que se abrazase mas estrechamente con la cruz de la mortificacion, entróse á la observante órden cisterciense. En ella fué el ejemplo de todos los monjes, quienes siempre le oian cantar himnos, versos y salmos en honra de la dulcísima Virgen; y cuando llegó el dia de su muerte, le pagó esta bondadosa Madre su cordial afecto viniendo á recibir su alma para llevarla á las moradas de la beatitud eterna.

El beato Herman, monje premostratense, habiéndose ya desde niño consagrado á María, toda su vida fué un continuado favor que le dispensaba su divina Madre por las muchas gracias con que le favorecia, hasta que por fin entregó su alma en los brazos de la Virgen Santísima.

Despues de tales ejemplos, ¡con qué fervor debemos nosotros mismos consagrarnos á la Virgen María! Si queremos, pues, que nuestra ofrenda le sea agradable, presentémosla un corazon lleno de respeto y veneracion, lleno de confianza y de ternura, un corazon adornado y santificado con la práctica de todas las virtudes de que nos ha dejado tan admirables ejemplos; todo lo cual vamos á hacerlo con el siguiente

ACTO DE CONSAGRACION

EN QUE SE OFRECEN Á LA VÍRGEN SANTÍSIMA LAS FLORES ESPIRITUALES QUE HEMOS RECOGIDO EN NUESTRO CORAZON DURANTE EL MES DE MAYO.

Convencidos, Inmaculada y divina María, que se dará el reino de los cielos no á los que empezaron á imitarte, sino solo á aquellos que en la hora de la muerte sean imágenes de tus virtudes, postrados á tus sagradas plantas venimos á ofrecerte todo cuanto somos y á ofrecerte la santa perseverancia.

Somos miserables, y nos hemos preguntado á porfia, ¿á dónde pondriamos las flores espirituales que con tanto fervor y constancia hemos practicado? Esos propósitos firmes, esas resoluciones generosas, esos actos de virtud y sacrificio que admirados en tí hemos sentido brotar, crecer y multiplicarse rápidamente en nuestro corazon, ¿se marchitarán apenas nacidos, como las rosas de la primavera? Esto nos affige, esto nos llena de un santo temor.

¡Oh María, no permitas que caiga sobre nosotros semejante desgracia! ¡Oh María, celestial Bienhechora de los cristianos, y especialmente de los que te hemos consagrado el mes de Mayo! Tú has visto hoy mismo encerrado en nuestro pecho al Hijo de tus entrañas, y su divino cuerpo formado del tuyo ha venido á alimentar el nuestro: ¿cómo negarnos la gracia que te suplicamos? Tu carne fué carne nuestra; tu sangre fué sangre nuestra; y unos hijos alimentados con el manjar mas delicioso, ¿es posible que perezcan eternamente? ¡Ah! despues de tanto beneficio, ¿podremos agraviar de nuevo á nuestro Dios y Señor?

Tú le has prometido en nombre de cada uno de nosotros que le seriamos fieles, que seguiriamos tus pisadas, que imitariamos tus virtudes; y para que te convenzas que no queremos desairar tu mediacion y tu empeño, á tí, Purísima Virgen y Madre del Amor Hermoso, hacemos una entrega total de nuestro cuerpo y espíritu.

Recibe nuestro corazon tal como tú lo has formado en este mes de obsequios y de gracias; guarda los gérmenes de virtud que en él puedan florecer, y custodia con cuidado los frutos de santidad y de vida que felizmente ha producido; y te pedimos ademas te dignes multiplicarlos en cada primavera para formar una limpia morada á nuestro amabilísimo Salvador. Riega á menudo estas flores con tus inspiraciones, haz que las cultivemos con tus ejemplos, y ya que son terminados los dias de festivo y solemne obsequio consagrados á tí, gran Reina de los Angeles y Madre de los hombres, haz sobre todo que no termine en ellos nuestro fervor y nuestra devocion: tal es la gracia que te pedimos por los méritos de tu Divino Hijo que se complació en acercarte á su divinidad cuanto le fué dable, haciéndote pura, santa é inmaculada. Amen, Jesus.

CANCIONES PIADOSAS

A MARIA SANTISIMA.

CORO.

*Con dulces acentos**Feliz lengua mia,**Ensalza á MARÍA**Mas bella que el sol.*

Eleva mi alma
Cuan alto es el cielo
Con súbito vuelo
Su ansioso anhelar.

Y en nube celeste
Subido en un punto
Al ángel me junto
Y empiezo á cantar:

¡Oh dulce MARÍA!
El ángel y el hombre
Bendigan tu nombre
Mil veces y mil.

Tu nombre á mi boca
Es miel regalada
Con flores labrada
Del próspero Abril.

Hechiza, embelesa
Tu amable dulzura,
Divina hermosura,
Sonrisa y candor.

Te invocan mis labios,
Y siento una llama
Que el pecho me inflama
Y aviva el ardor.

Y brota del alma
Copiosa alegría:
¡Oh cuánto daria
Por verte una vez!

Tus ojos convierten
Si miras propicia,
En gloria y delicia
La triste aridez.

Pues son tan amables,
¡Oh Virgen divina!
A mí los inclina
Con blando mirar.

Y al ver tanto halago
Derrítame luego,
Cual cera que al fuego
Se ve liquidar.

Si el sol es tan grato
De Mayo á la rosa
Que ostenta donosa
Su gracia y color.

Y el seno le abre,
Su gala campea,
Y el aura recrea,
Balsámico olor.